



Semanario independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

DIRECTOR PROPIETARIO: P. ANTONIO DÍAZ BENZO

AÑO I. — NÚM. 7.]
Madrid.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

12 DE FEBRERO DE 1899

ADMINISTRACIÓN: MADRID, 6.

[NÚMERO SUELTO
15 céntimos.

◆◆◆◆◆ SUMARIO ◆◆◆◆◆

Verdades que debe saber el pueblo, por Antonio Díaz Benzo.—La ola negra, por Francisco Barado.—La granada de tu huerto, por Rafael de Valencia.—Caciquismo literario, por A. Sánchez Pérez. Charada, por Monte-Vinart.—El primer cuidado, por Ramiro Uribe.—El portero, por Agustín Peiró.—Antes Pittaco.—La acción de Santiago, por Federico Canalejas.—No nos olvidemos, por A. Díaz Benzo.—Criada nueva (historieta), por Navarrete.—Anuncio.

Verdades que debe saber el pueblo.

Los pobres infortunados, y cuantos para sostener la vida necesitan ocupar casi todo el día en trabajo rudo y material, no pueden dedicarse a largos y profundos estudios; pero tienen la necesaria inteligencia y razón sobrada para que piensen y comprendan perfectamente lo que más les conviene y hace falta. No se figuren los que alardean de sabios que las verdades fueron, en la Divina Providencia, dones reservados para ciertas clases, porque si es cierto que el estudio abre camino para el conocimiento de muchos detalles de la creación, no es menos indudable que para todos quedan claros, con su sola facultad de pensar, los evidentes y positivos principios que rigen de continuo a las sociedades. Prueba de ello es que, lo mismo el orador que el artista, el militar que el inventor, el industrial que el comerciante, consideran como término último de su gloria y satisfacción, el aplauso general de la multitud, que ha dado en llamarse indocia y es la que al fin viene a dar el doctorado de suficiencia y celebridad en todas las materias que son motivo de trabajo y estudio.

Pero hay muchas de ellas que no son de interés común y, por consiguiente, se limita el pueblo a juzgar, con claro instinto, lo que se le presenta hecho en tales asuntos.

Hay, por el contrario, otras cuestiones que afectan a todos, y a todos, pues, corresponde tomar una mayor ó menor parte en su ejecución.

El gobierno de un pueblo importa mucho y lo mismo, a cuantos son gobernados, y esta es la causa y fundamento

del sufragio, limitado ó no, según las circunstancias. Pero tanto como el gobierno, y no pocas veces, más, interesa á un país su propia defensa, la vigilancia y cuidado de sus riquezas y, en alguna ocasión, el aumento de las mismas. ¿Por qué, pues, ha de dejar el pueblo la sagrada misión de su defensa á determinado número de personas? ¿Quiénes defienden á una familia sino los hombres de ella, sin otra excepción que la de los viejos, niños y enfermos, porque su debilidad merece igual respeto y apoyo que la de la mujer?

¿Por qué ha de perder una madre al hijo querido y otra no, si ambas los tienen jóvenes y robustos? Cuando la guerra es para defender el territorio, el trabajo, la producción y la vida de un pueblo, debe acudir á las armas todo él, no sólo para dar fuerza invencible al Ejército, sino para intervenir y velar, por sí mismo, en la moral y trato del soldado. De este modo, si una campaña tiene término feliz, la gloria se extiende á todo el pueblo, y éste queda más satisfecho y menos obligado á recompensa; si, por el contrario, resulta vencido, sus propias heridas le impulsan á reparar las fuerzas por cuantos medios tiene disponibles y á su alcance.

El Ejército permanente no debe ser, pues, más que un núcleo reducido, en proporción del país, para el estudio y la experiencia de los oficiales que han de dirigir las tropas, y para la escuela y práctica temporal de cuantos hayan de reforzar dicho Ejército.

En resumen: para estudiar con perfección y constancia el arte militar y ensayar sus maniobras, unos pocos; para batirse cuando pelagra la patria, todos los hombres útiles.

Y aun ese núcleo no lo consideraríamos necesario, si el mando y dirección de tropas fuera fácil como en los tiempos más remotos, y no constituyese, como hoy, un arte complicado que exige estudios y aptitudes especiales.

Esta lenta y constante preparación es precisa al oficial que se dispone en los servicios subalternos para ejercer con discreción y cordura los cargos superiores, así como para enseñar su cometido á los que transitoriamente pasan por el Ejército, con objeto de tener la instrucción necesaria, cuando reclame la nación su personal esfuerzo.

En cambio, sólo necesita el pueblo que quiere defender sus más preciados intereses, algunas ideas militares de tan

fácil comprensión, como de capital importancia, y sin embargo, casi nunca se facilita semejante enseñanza, no menos útil que otras por demás prodigadas.

Bueno, laudable y necesario es que al obrero y su familia se le den conferencias gratuitas de doctrina y moral; no tanto, pero al fin convenientes, resultan las lecciones sobre problemas económicos, si el maestro no se pierde en los ámbitos oscuros que todavía no ha iluminado la ciencia; ventajoso es también que llegue al pueblo el arte en todas sus manifestaciones, las ciencias facilitadas y aun la política, bien entendida; pero es absolutamente imprescindible que también se le den ideas militares, para que ejercite su valor y energías; para que reserve sus propiedades y el fruto de su trabajo; para que le cueste menos su defensa; para que la gradúe según sus aspiraciones; para que la vigile y dirija como le plazca, puesto que es función social y nacional; y para que nunca tenga queja de que se haya extremado ó restringido.

La ciencia militar no debe reservarse, como se reservaban la astrología y los oráculos unos cuantos elegidos; es ciencia que necesita luz y ambiente, como todas, de las

cuales nace; y más que otras apropiada para ser popular, democrática y generosa, por cuanto presta mejor sus importantes secretos.

¿A qué viene figurar que todas las cosas del ejército son laberínticos conocimientos que sólo pueden entenderse de sargento para arriba?

Tan ridículo y bufo resulta el estratégico que dibuja planos de batallas en el mármol del café, como el jefe vanidoso que se cree nacido para general, como el labriego embobado cuando ve hacer el ejercicio.

Por eso es preciso que el pueblo entienda de asuntos militares, que no se limite á ser bravo y valiente en apuradas ocasiones, sino que sepa cuál es la mejor y más sencilla organización de los oficiales que han de llevarle al combate, y que esa organización sea por todos respetada para que un día de peligro no se vierta sangre inútil, no sufra engaños y bochornos, no vea regresar maltrechos y abatidos los restos de su ejército, y para que su heroísmo tradicional no resulte sacrificio estéril, sino fuerza tan potente que sea invencible.

ANTONIO DÍAZ BENZO.

LA OLA NEGRA

Es lo corriente. Cuando dos españoles se encuentran por esas calles de Dios, lo primero que se les ocurre es maldecir de los tiempos y de los hombres, renegar de la política al uso y poner en duda que los males de la patria tengan remedio. No es esto lo más abonado para hallar solución á las mil dificultades que nos rodean, pero es lo más cómodo para que cada apreciable ciudadano se crea exento de obligaciones y responsabilidades. ¡Como si todos no viviéramos en sociedad y como si esta sociedad estuviera dividida sólo en dos castas, la de los que mandan y la de los que obedecen! Acostumbrados, no obstante, á aceptar esto como bueno, el ciudadano español cree que las energías nacionales se condensan en los gobiernos y la inteligencia nacional en la prensa, y cree además que como no siempre la inteligencia y las energías están de acuerdo, España vive mal porque no hay la recíproca correspondencia entre lo que se da y lo que se pide. La verdad es que para nuestra habitual pereza, para la pereza nacional, ello es muy socorrido; pero la verdad es también que así andamos dando tumbos sin acertar generalmente con el camino más recto y expedito.

La moda de ayer era evocar las glorias nacionales, las tradiciones de nuestra raza, la bravura del soldado español, la justicia de nuestros derechos, los derechos de la civilización y de la humanidad, etc., etc. La de hoy, la de hoy es achacar á nuestra fantasía y á nuestro orgullo los resultados de la última lucha; renegar de nuestro pasado, por falso; de nuestro presente, por ficticio y corruptor, de nuestras tradiciones, por infundadas, de nuestros héroes, por engañosos y de los derechos de la humanidad por ilusorios... ¡Muera Don Quijote!, grita un doctor salamanquino. ¡Cerremos con doble llave el sepulcro del Cid!, añade un elocuente patriota aragonés. Ellos, ellos son los culpables; la pícara fantasía española. ¡Viva, viva Sancho Pansa!, grita también una parte del pueblo español, ahito de citas históricas y de marcha de Cádiz.

Si en los momentos presentes pudiéramos dar cuerpo al famoso héroe burgalés y al imaginado personaje de Cervantes, son de presumir las donosas frases que salieran de

su boca. Mas ya que esto no sea, bueno será que razonemos algo y con cierta serenidad para ver hasta qué punto están justificados estos ataques á las dos más acabadas personificaciones del genio español, ó, si se quiere, al genio español mismo. Quizá, quizá, lo que acabamos de perder en Ultramar sea, más que las colonias, nuestra tradición, algo que no se paga con dinero, puesto que vale tanto ó más que el dinero. Porque, como á fin de cuentas, resulta que el pueblo español ha dado sin vacilar su sangre y su caudal, y lo ha dado con el triste presentimiento de que en la lucha no podía salir ganancioso; pero sí con los anhelos de corresponder á su nombre y á su dignidad. Y después de esto, ¿pueden criticarse en él los entusiasmos consagrados á los que se alejaban de la patria sin otra esperanza que sacar airoosamente á ésta de una de las situaciones más graves por que ha pasado en su historia? ¿Qué menos podrían hacer unos y otros? ¿Quiere decir acaso esto que la guerra fuese popular, ni que el pueblo provocó la guerra?

Pero si la culpa no es del pueblo, ¿de quién será?... Hace tiempo que se dijo: de la prensa. Es una vulgaridad como otra cualquiera, porque ni la prensa tiene poder bastante para provocar una guerra, ni aunque le tuviese y hubiese dictado una declaración de guerra, sería responsable. Para eso están los poderes públicos. Pero no es así. La prensa de gran circulación pidió antes de la guerra, y pidió con insistencia, que los poderes públicos estuvieran apercibidos, porque la guerra se nos venía encima. Declarada que fué ésta, ¿qué cargos pueden hacerse á los papeles públicos?

¿Quién fué, pues, el Quijote? No acierto á verlo yo. Sólo sé que ni el quijotismo, ni el afán de meternos en locas aventuras, han perdido á España. Hubo, sí, tan pronto se declaró la guerra, exageraciones hijas del buen deseo, pero si poco ó nada influyeron en el curso de los hechos, fueron sin duda las que prepararon la reacción presente; es decir, el brusco tránsito del entusiasmo y de la credulidad patriótica, al desconsolador pesimismo actual. Pero esto no nos exime de culpas. Las causas son de fecha más larga. Si no nos perdió el quijotismo, perdiéndonos, en cam-

bio, nuestra indolencia, nuestra imprevisión, nuestro *pancismo* (si vale la frase), nuestro vivir al día, sin mirar más allá de nuestra Barataria. La guerra chino-japonesa debió advertirnos el peligro que corrían nuestras posesiones de Oriente, y aparentamos no advertirlo; las noticias que se recibían de la Gran Antilla y el estado moral que reflejaba la prensa cubana, debieron ser para nosotros gritos de alarma. Brotaba el fuego por las rendijas de nuestra morada, y nos tapábamos los ojos para dormir mejor..., para soñar en presupuestos de la paz...

Pues bien; ahora que causas y efectos están á la vista, ahora que la credulidad patriótica se ha convertido en negro pesimismo, el modo de razonar es este. "Hay que atender á la reconstitución de España. ¿Cómo? Mirando hacia dentro, olvidando nuestro pasado, renegando de él, si es preciso..."—Todo ello muy bueno si prescindimos de la vida de relación. Pero resulta que el peligro está dentro y *fuera*, resulta que si hay que ser ricos para ser fuertes, tampoco basta ser ricos para serlo; resulta, en suma, que si bien lo mas prudente y lo mas cómodo es evitar todo conflicto, no siempre el que los teme los evita. Y ¿se cree esto posible desatendiendo nuestro estado militar? ¿Imagina alguien que en la hora presente se trata *exclusivamente* de sistemas de enseñanza?... Grecia, valiéndose más como raza educada que Turquía, ha escrito un observador, fué vencida por esta; lo mismo Italia en Abisinia por el Negus. Y es indudable que el Museo pedagógico nada tiene que ver con los cañones del *Colón*, por más que otra cosa digan los doctos, como se halla fuera de duda que el soldado *yanki*

está muy por debajo del soldado español. Claro es, que en nuestro vencimiento han influido nuestra ignorancia, nuestra indiferencia, nuestro modo de ser casero, rutinario y vicioso. Pero las causas de este vencimiento, así políticas, como militares, las dije ya, son de larga fecha, si quiera la responsabilidad de los pasados no amengüe la de los presentes.

Quizá lo más triste de todo lo ocurrido no esté en el hecho en sí sino en la *negación de nosotros mismos* á que parece habernos conducido. Perdimos lo que debíamos perder, lo que no acertamos á comprender que perderíamos, y... para hablar más claro, hemos perdido tal vez menos de lo que pensamos, si paramos mientes en que aquello era una *mala escuela* para España. Otros dominios se nos fueron por el mismo camino desde el siglo XVI, porque para sostenerlos necesitábamos fuerza é inteligencia, y fuimos perdiendo la primera sin ganar en la segunda. Hemos quedado reducidos á lo que fuimos antes de la funesta lotería de las Indias. Ahora, de lo que se trata, es de vivir, y de vivir con vida propia, y para ello hay necesidad de robustecer el brazo y aguzar los sentidos; y, sobre todo, hay necesidad de la fe que afirma y de la esperanza que entona y de la abnegación que dignifica. Dejemos pues pasar la ola, la ola negra del pesimismo que hoy parece barrerlo todo. Y aunque algunos renieguen del que es símbolo y cifra del espíritu generoso de la patria, no achaquemos al pobre hidalgo pecados en que no incurrió. Precisamente lo que va perdiendo España son aquellos rasgos que la distinguieron y ennoblecieron en otros días...

FRANCISCO BARADO.

LA GRANADA DE TU HUERTO

Una de otoño
fresca mañana,
cuando entre nubes
su ardiente llama
el sol festivo
ya destrenzaba,
entré alegre á buscar en tu huerto
dulces granadas.

II

Vilas hermosas,
las vi lozanas,
con el rocío
que presta el alba,
luciendo altivas,
sueitas, gallardas,
ya rasgada su piel y entreabiertas
mil rojas galas.

III

Ninguno otro
mi atención llama

como un granado
que el tronco alza
bajo las luces
de tu ventana,
enlazando amoroso en sus hierros
dóciles ramas.

IV

Las hojas verdes
en él colgadas
más bien que hojas
son esmeraldas,
y por la herida
que al fruto rasga
se ven dentro tallados rubíes
de color grana.

V

Sublime al tronco
con buena maña:
vi entre los hierros
una granada,

la más hermosa,
la más lozana,
y oprimíla con fuerte energía
para arrancarla.

VI

Pero de pronto,
siento que habla,
con el quejido
de pena amarga,
una voz dulce
estas palabras:
"¡Ten piedad, que me hieres la boca...
tu mano aparta!"

VII

Yo fijo entonces
más la mirada,
y dolor siente
toda mi alma,
que hollé tu rostro
y herí tu cara
al creer que eran rojos tus labios
dulce granada.

RAFAEL DE VALENZUELA

CACIQUISMO LITERARIO

VALGAME Dios!—si quisiera valerme—y cómo y cuánto se enfadan algunos que, con modestia suma, se dan á sí mismos el calificativo de *Intelectuales*, y aun suelen ponerse, como por descuido, entre los *super-hombres*, cómo y cuánto se enfadan digo cuando el vulgo, el vulgo profano (¡tunante!) no demuestra en asuntos de arte las aficiones que los *intelectuales* susodichos tratan de imponerle.

“Esta producción musical, le dicen, ó esa obra escénica, ó aquel trabajo pictórico, me gustan mucho, y como yo tengo gustos muy depurados, y como poseo el sentimiento de lo bello, claro está que lo que me gusta á mí es indiscutible, evidentemente bueno; y siendo bueno ha de gustarte á ti, y si no te gusta eres un mentecato.”

El razonamiento no suele ser presentado con tanta crudeza en la forma; pero, en lo esencial, no se diferencia de ese; y por lo que á las conclusiones respecta, aún las obtienen menos suaves los entusiastas del *intelectualismo*.

No han transcurrido muchos días desde que un literato muy distinguido, asomándose al balcón de cierto diario madrileño, llamaba cortésmente idiotas á cuantos no proclamasen que una ópera estrenada poco tiempo ha, era verdadero prodigio, maravilla del arte. Y de los que se permitían decir que les había parecido un poco pesada (que eran la mayor parte de los que la oyeron), ¡oh! de esos no hay que hablar; á todos, sin excepción, los declaraba incapaces de sacramentos..., por de contado, siempre con muchísima cortesía... como mandaba ahorcar,

con muchísimo respeto.

al raptor de su hija, el alcalde de Zalamea.

Yo no voy á decir si la ópera á que me refiero, es buena ó es mala: ¿que entiendo yo de eso?

Buena será y muy buena, y hasta óptima, cuando tales entusiasmos inspira; lo que sí digo es que el procedimiento adoptado para llevar catecúmenos á ciertas iglesias ni es razonable, ni puede sufrirse.

Quédese lo de imponerse por el terror para los conquistadores, en lo grande; para los barateros, en lo ruin; pero ¡hombrel en esas que denominamos—y por algo las denominaremos así—*artes liberales*, dejemos á cada uno libertad de criterio.—Libertad que no se le deja ciertamente, á quien se coloca en el desagradable dilema de callar su opinión, ó ser calificado de imbécil.

No todos tienen (lo tienen muy pocos) el valor necesario para afrontar las excomuniones de los que pasan por maestros, ya porque efectivamente lo son, ya porque ellos se lo llaman aunque no lo sean; y de estos hay bastantes. De mil ciudadanos á quienes desagrada tal ó cual obra de arte, habrá uno acaso que lo declare con sinceridad, si los tenidos por maestros han dictado fallo aprobatorio; los demás guardan para su fuero interno las propias impresiones y dejan que los sabios se despachen á su gusto.

Pero esos mismos espectadores que nada dijeron de un estreno por no exponerse á ser considerados como estúpidos, no vuelven al teatro, ni ocultan á las personas de confianza su opinión sobre la obra prodigiosa.

Y la sanción popular, la consagración del vulgo tan menospreciado, consagración y sanción que anhelan todos los artistas, aun aquellos que más fingen desdeñarlas, faltan en esos triunfos, calificados por los admiradores del

autor, de acontecimientos artísticos; pero que no llegan á ser definitivas victorias.

Prescindiendo, sin embargo, de estas observaciones que prueban lo contraproducente de esa labor entusiástica de catequistas intolerantes, lo peor que hay en esta novísima forma de discutir es la tiranía que se ejerce.

—“A mí esto me parece hermoso; y ¿á ti?”

—A mí me parece feo.

—Corriente, eso demuestra que eres tonto de capirote, que no tienes sentido común, que serás siempre romo de entendederas, que en absoluto careces de sentimiento y de *sindéresis*, y, en fin, ó te gusta esto que á mí me gusta, ó te declaro papanatas y estólido.”

Colocada en esa forma la discusión—si es que puede llamarse discusión á eso—no quedan más caminos que el de resignarse y confesar que, en efecto, es uno tonto de cabeza; y el de sublevarse, diciendo que el imbécil y el estólido y el romo es el que celebra cosas que desagradan á la generalidad de las gentes.

El un camino es humillante, el otro es molesto.

Ya sé, ya sé que me dirán—y con la autoridad de Ibsen nada menos—que el mayor número nunca tiene razón. Téngala ó no la tenga (en eso no entro ahora), no es el medio más adecuado para traerle á ella, calificarlo de bárbaro y de bestia de carga.

Pero además, si en efecto, la ley del mayor número es absurda—á mí no me lo parece—¿por qué sometéis á ella las obras de arte?

Comprendería yo, por ejemplo, que en la *Academia de Ciencias*, en la de *Medicina*, en la de *Jurisprudencia* se negase voto y hasta se condenara á perpetuo silencio al profano que pretendiese discutir con matemáticos insignes ó sabios naturalistas, ó eminentes médicos, ó juriconsultos distinguidos; comprendería también que, aún en lo que se refiere á lo técnico de las bellas artes, se tuviese en muchísimo más la opinión de un solo maestro, que los pareceres de mil aprendices; pero cuando no se trata de eso, cuando, por el contrario, se trata de obras que el autor mismo somete gustoso al fallo de todo el mundo en solicitud de una especie de plebiscito, convengamos en que no es justo ni lógico, ni racional desdeñar á la multitud, cuyo fallo se pide, ni tener en poco una aprobación que no se ha obtenido, pero que se ha mendigado.

Esta forma de la tiranía no es nueva; pero adquiere, en este fin de siglo proporciones que nunca tuvo y es necesario ponerse en guardia contra ella, si no queremos que prepondere, como ya prepondera el caciquismo político, un intolerable caciquismo artístico y literario.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CHARADA

La primera es una letra
del alfabeto español,
sonido de una palabra
que demuestra admiración.
Son la segunda y primera
esa fruta que en sazón

mancha el sitio por do pasa
con encendido color.
Es el todo lo más bello
que en el mundo se creó
y hace á los seres felices
si lo sienten con pasión.

MONTE-VINART.



LA MANZANILLA

(Cuadro de Perea.)

EL PRIMER CUIDADO

Poco habrá de tardarse en ver llegar al seno de la Patria al último de aquellos honrados ciudadanos que, con la sonrisa en los labios y la bravura en el alma, abandonaron un día nuestro riente suelo para cumplir el más alto de los deberes impuestos al hombre constituido en sociedad.

No recibían el mandato de ir á la lucha de un pueblo que pensara en provechosas conquistas, por cuenta de las cuales se les hicieran pingües anticipos, ni eran, bien lo sabían, el palenque destinado á esgrimir sus armas, lugar en donde, como ocurrir puede en las puertas de la propia casa, aparecieran acumulados los cuantiosos recursos que reclama la guerra moderna.

Con la privación por resarcimiento y la inviolabilidad de la honra por aspiración, transcurrieron los años sin que desfallecieran un punto sus energías y no bastando á cercenarlas ni la abrasadora fiebre, ni el plomo enemigo, ni el empleo de medios reprobados por los más vulgares sentimientos, quiso el infortunio, ganoso siempre de no darse por vencido, buscar amparo en los poderosos, con lo cual la capitulación, jamás la vergonzosa fuga, puso término á tal período de pruebas.

No entra el convoy militar en los andenes de la línea férrea entre las aclamaciones de los que esperan y el grito encantador de ¡viva España! de los que llegan. No tejen laureadas coronas femeninas manos, ni los sagrados estandartes patrios cruzan, como tantas veces, en medio de vistosas colgaduras y caprichosos arcos de follaje. La madre, aquella madre que empujara al combate al hijo que ayudó á su subsistencia, cubierto el cuerpo con negra vestidura, símbolo de tantas tristezas ó con severo hábito, expresión de una fe inquebrantable, le aguarda entre convulsa y llorosa, y al descender el mártir de la patria, se estrechan ambos con fuerte abrazo, permaneciendo mudos por largo rato; pero aquel silencio no es el punto de cita de la acusación y del remordimiento, es la pausa que reclama la angustia para aprestarse de nuevo á la lucha con mayores bríos, lucha que no habrá de consistir en recuperar palmo á palmo un terreno cuyos moradores ni quieren, por lo visto, seguir expresando sus afectos en la rica habla castellana, ni gustan, al parecer, de llegar á la redención por el camino de nuestras creencias, si no en conquistar la preponderancia por el acúmulo del asiduo trabajo y el deseo unánime de contribuir á la defensa nacional.

Ya no hay, propiamente dicho, militares y paisanos. Los uniformes del Ejército no son el distintivo de determinada clase, sino las vestiduras de la Patria llevadas por todos sus hijos.

Podrán servir las riquezas para saborear mejor los pocos incentivos que ofrece la existencia humana, pero ¿cómo inferir á aquellos que las poseen la dura ofensa de que no deben tomar parte en la custodia de los más preciados intereses?—Valiera tanto relevar al gerente de vasta industria, de intervenir en las operaciones de caja, vida del negocio, ó excusar á la ma-

dre, por el hecho de ser acaudalada y disponer de muchos servidores, de prestar sus cuidados al hijo enfermo.

Se impone la necesidad de acometer prontamente la obra de nuestra reconstitución; prontamente, porque no cesan de echarse cuentas sobre nuestras desgracias para sacar partido de ellas ¡como si fuera poco el conseguido!; prontamente, porque está visto que la moralidad internacional tiene por norma la voluntad del fuerte. Y nuestro primer cuidado debe consistir en asegurar la valla que resguarde los materiales que hemos de emplear es la construcción de tan grandioso edificio. La manera de conseguirlo no es otra que llevar á esa escuela de las grandes virtudes cívicas, lo mismo al elegido de la fortuna que al desheredado de la suerte. El reguero formado con la sangre del opulento y del desvalido, es el único que puede marcar el rumbo de la veneranda independencia. La vanidad del que todo se lo encuentre á la mano y la humildad del que todo ha de merecerlo, sólo tienen una conjunción: la del sacrificio en aras del bien común, de ese bien que representa el respeto á nuestros altares, á las leyes que simbolizan el consorcio de la necesidad y la costumbre, al lugar sagrado en que se conservan las banderas que nuestros antepasados arrebataron de manos de los que osaran mancillar nuestro nombre, á ese lugar que guardará á un tiempo los restos de los valientes Generales Santocildes y Vara de Rey y los del héroe de Cascorro.

Dejemos que la flaqueza humana, vasalla siempre del más fuerte, entone cánticos de alabanza al vencedor, realzando sus méritos y cercenando á la vez los que pudiera tener el vencido. Dejemos que en el incendio con que amenaza la lucha de intereses, cada cual se cuide de hacer la propia causa. La nuestra es unirnos en apretado haz, pensando de continuo que la vida de los pueblos, á la manera que ocurre con la vida de los hombres, tiene sus alternativas, y la virtud consiste en no desmayar, antes bien redoblar los esfuerzos cuando la desgracia nos asedia.

Para lograrlo, salvemos distancias de clase, sin perjuicio de la mutua consideración, depongamos diferencias de criterio que se deriven del propósito de alcanzar el medro personal.

Y esto dicho, concluyamos por donde dimos comienzo: el último de los ciudadanos que fueron allende los mares á defender la honra de este pueblo volverá en breve al seno de la familia nacional. La mayor parte de ellos acusan con sus dolencias la mella que hicieron en sus cuerpos los sufrimientos por que han pasado: que el escritorio, el taller, la fábrica y la granja en que ganaron su subsistencia antes de la partida, les abran sus puertas, aunque los beneficios que obtengan no estén en relación con el trabajo que presten; y si para cicatrizar tanta herida es preciso de otros recursos, anélese á ellos. El lema ha de ser: *Cada uno para los demás y todos para la Patria.*

RAMIRO URIONDO

MI PORTERO

Tengo un portero, José
se llama, y es un varón
que ya raya en setentón
y vive del tirapié.

Es un hombre estrafalario
y de tan varia fortuna,
que viene desde la cuna
siendo en todo extraordinario.

Pues con ser hombre formal
honrado padre y marido,
crímenes ha cometido
como ningún criminal.

Ha sufrido altos y bajos,
múltiples transformaciones,
y en diversas ocasiones,
venturas, dudas, trabajos.

No tiene, si bien se mira
estado civil, ni edad;
vió nacer la humanidad
aunque parezca mentira.

Vió á Noé salir del arca,
fué de Salomón copero,
y sirvió de ballestero
á Domencho el Petrarca.

Comió pasas en Corinto,
y fué sufeta en Cartago,
camillero de un rey mago
y obispo de Carlos Quinto.

Servidor de la credencia
en la corte de David;
después capitán del Cid
cuando conquistó á Valencia.

Soldado con Mitridates
rey en Escocia y en Tracia,
criado de una farmacia,
y barquero en el Eufrates.

Ha sido diablo y profeta,
vió morir al Redentor,
y á Nabucodonosor
cepillaba la chaqueta.

Fué comerciante fenicio,
bonzo en la India; sacristán,
moro de rey en Tetuán,
familiar del Santo Oficio,

Canónigo, general,
príncipe, juez y soldado;
ha recorrido el menguado
toda la escala social.

Pero es lo mas portentoso
de su historia peregrina
que una vez con estrignina,
otra en suplicio afrentoso;

Otras con fiera cuchilla,
y veces mil fusilado,
tantas veces lo han matado
que ya raya en maravilla.

Y en medio á tanto accidente
el bueno de mi portero,
sigue siendo zapatero
con asombro de la gente.

No hay mejor filosofía
que la suya: así se ufana,
y á toda flaqueza humana
preñere su portería.

Pero basta de comento;
os daré la explicación
de tanta transformación
porque no digáis que miento.

Todo lo ha sido de farsa
el bueno de don José.
¿Sabéis por qué?... Porque
es del teatro... comparsa.

AGUSTÍN PEIRÓ (*Antón Pitaco*).

La acción de Santiago.

—¿Y cuándo has llegado de Cuba?

—Hace medio mes lo menos.

—¡Anda, Dios! Y yo en la higuera,
sin saber que habías vuelto,
pa darte un achuchón fuerte
y convidarte á unos medios
chicos en cualquiera parte.

—No estoy pa bromas.

—¿Qué es eso?

¿Tíes la sentería?

—¡Quita!

—¡Será que vienes aménico
de los malos tratos!

—¡Hombre,

no me ves que estoy tan bueno
como si hubiese pasado
tomando copas to el tiempo!

—Es que entonces no estarías
tan firme ni tan sereno.

—Sí que lo estoy.

—Pues entonces

¿qué es lo que tíes en el cuerpo
que ni vas con los amigos,
ni con las hembras de mérito,
ni alternas, ni te embriaguas,
ni miras á ningún miembro
de la sociedad terráquea,
sea de uno ú de otro seso?

¿Qué tienes?

—¡Lo de Santiago!

—¿Lo de Santiago?

—¿Eso!

—¿Eso!

Eso ya pasó, y no debes
ni aun acordarte más de ello.

¿Que os mandaron una cosa
y no queríais hacerlo?

¡Quien manda, manda y chitito!

—Pero oye ¿qué estás diciendo?

—Digo que lo de Santiago
hoy por hoy no tie remedio.

—¡Vaya si lo tiene!

—¿Cualo?

—El cortarle yo el pescuezo
y cogerla luego á ella
y darla un poco pa el pelo!

—¿Pero qué hablas?

—Lo que digo

—Sebastián tú no estás bueno.

—¿Qué quieres?, ¿que yo me achante
cuando me han ensuciado eso
que vale más que la vida,
y que es el honor?

—¡Mastuerzo!

¿quién te lo ha ensuciado?

—La Lola

y Santiago el cerillero,
que desde que me fui á Cuba
se entendieron, segun creo,
y ni siquiera me han dicho
al volver: «Pues mira hay esto.»

—Sí que es una acción bien guarra

—Pero yo te juro, Antero,
que á mí la acción de Santiago
no me se queda en el cuerpo,
y obraré con energía.

—¿Pa qué, si es perder el tiempo?

¡Déjalos!

—¡Quía, no me dicen!

¡Se han de acordar! ¡Ya lo creo!

FEDERICO CANALEJAS.

NO NOS OLVIDEMOS

Reductivo nuestro territorio á las 49 provincias y á las pocas posesiones que restan del antiguo poderío colonial, ya es tiempo que recojamos las amargas lecciones de la historia y no descansemos, según va siendo inveterada costumbre, en las tranquilas temporadas de paz, para vernos luego, cuando surge la guerra, en terribles situaciones, difíciles de afrontar hasta por los hombres de más talento, serenidad y valor.

Cuando se anunció que la escuadra norteamericana venia á bombardear algunas plazas marítimas españolas, todos se preocuparon por la suerte de Baleares y Canarias; se reforzaron allí las guarniciones y se pensó en activar todos los trabajos conducentes á la mejor defensa de aquellas ricas islas. Hoy pasó el peligro, y ya nadie se acuerda de cuantos pueden amenazar á las dos apartadas provincias.

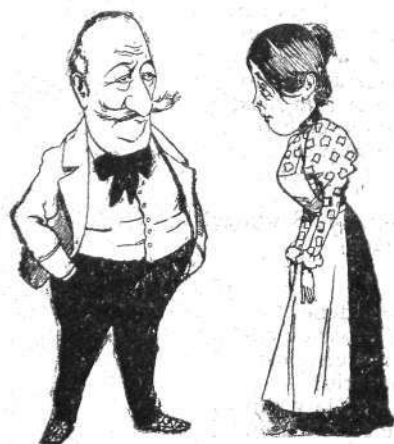
No es de los olvidadizos, seguramente, el Sr. Ministro de la Guerra, que ha mandado ya una comisión de Ingenieros militares á fin de que estudie las obras necesarias para la mejor defensa de Canarias, puesto que tal precaución no es precisa en Baleares, donde semejantes estudios ya están terminados; pero antes de que inesperados peligros hagan urgentes las determinaciones que deben tomarse con tranquilidad, importa mucho reforzar las guarniciones de infantería y de artillería, en la forma que se juzgue más conveniente y menos costosa,

pero pronto y sin vacilaciones, para que dichas fuerzas se instruyan, conozcan el país, se habitúen al servicio que deben prestar, y no sean como tantos cuerpos expedicionarios donde los sacrificios del personal superan á las ventajas que lógicamente deben esperarse de tropas reclutadas con rapidez para marchar á puntos que les son completamente desconocidos.

Lo que debe hacerse y no puede evitarse, conviene hacerlo desde luego, en beneficio del país y de los mismos que han de defenderlo, como ejemplo de que no pensamos ceder por sistema, y en previsión de males mayores y más tarde irremediables.

A. DÍAZ BENZO.

CRIADA NUEVA, POR NAVARRETE.



— Bueno: ¿y usted qué sabe hacer?
— De todo, señorito.
— Es que no me gusta estar cambiando de sirvientes á diario.



— No parece mala muchacha ¿eh?...



— ¡Vaya un servicio!
— Para todo, señorito, para todo.

LA NACIÓN MILITAR

Semanario Independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

LA NACIÓN MILITAR

ADMINISTRADOR

DON TOMÁS MORENCOS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

OFICINAS

MADERA, 6, PRINCIPAL DERECHA

COLABORACIÓN DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS MILITARES Y CIVILES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y posesiones españolas..... { Un mes, 0,75 pesetas.
Tres meses, 2,25 pesetas.
Extranjero..... { Tres meses, 4,50 francos.

Anuncios: á 0,25 pesetas linea.